

Origen, desarrollo y carácter de la Universidad según el Cardenal John Henry Newman

INES DE CASSAGNE

El Cardenal John Henry Newman (1801-1890), cuya causa de beatificación está muy adelantada, no sólo fue uno de los intelectuales más brillantes del siglo pasado sino también un gran doctor de la Iglesia moderna. Estudió y fue profesor en la Universidad de Oxford, en donde residió hasta su conversión al catolicismo, en 1845. Años más tarde, cuando la jerarquía irlandesa decidió fundar la Universidad de Dublín, se lo llamó para organizarla. Dio entonces una serie de conferencias, luego publicadas bajo el título *Idea de la Universidad*. Ahora bien, su "idea" no era meramente conceptual sino provenía de su larga experiencia universitaria y de su conocimiento de la historia, del que dan cuenta los muchos volúmenes de sus *Bocetos históricos*. El tercero está dedicado a estudiar el origen y el desarrollo de la universidad, y constituye un valioso e imprescindible aporte para todo el que reflexione sobre sus características esenciales y sobre los cambios requeridos para adaptarlos al tiempo presente, cambios que no por ello deberían desnaturalizarla.

La universidad

Al preguntarse "¿qué es la universidad?", Newman encuentra su esencia en realizaciones concretas. Su antiguo nombre de **Studium generale** corresponde a una "escuela de aprendizaje universal": escuela de conocimientos de todo tipo, formada por maestros

y alumnos de todas partes. Resulta así que la universidad es un lugar de circulación y comunicación del pensamiento, por medio de relaciones personales y a través de amplias extensiones de territorio. En ella son importantes los libros en cuanto depositarios de la verdad y de autoridades a las que se recurre, pero sin olvidar que son complementarios de la consulta al hombre viviente y del oído atento a la voz igualmente viviente.

Newman procede a mostrar estas características esenciales con ejemplos históricos: habla de Atenas, de Alejandría y de Roma; y pasa luego a las Universidades del Medioevo, cuyo propulsor fue Carlomagno. Observa los antecedentes con que contó este emperador: una línea de educadores que ininterrumpidamente transmitieron los estudios sagrados y profanos en Inglaterra e Irlanda durante la "edad oscura", desde el 600 hasta el 800. En las proximidades de la última fecha, la aparición de los daneses en las costas de dichos países tuvo por consecuencia la destrucción de la religión y la ciencia. Pero justo entonces advino Carlomagno, "el fundador de la civilización moderna". Así él pudo recoger la herencia cultural cristiana de la Gran Bretaña. El monje inglés Alcuino pasó entonces a Francia, donde fue puesto a la cabeza de los establecimientos educacionales. Llevó consigo la enseñanza sagrada y profana que él había recibido a su vez de Egberto. Ambos se habían formado en la Escuela de York, fundada por Teodoro de Tarso, que llegó a ser pri-

mado de Inglaterra. Este, a su vez, había traído desde Roma los clásicos latinos y griegos (los paganos y los Padres de la Iglesia). Egberto era heredero de Beda el Venerable; y éste, por su parte, de Benito Biscop y de Juan, de la Basílica Vaticana. Esta transmisión aseguraba la continuación de la herencia romana con aporte griego. Aquí encontramos el germen de la nueva civilización: la civilización europea moderna. Esta civilización, a cuyo primer período le llamamos Medioevo, iba a unir lo que el hombre separó posteriormente: la razón y la Revelación.

Carlomagno tiene la gloria de haber impulsado esta noble tarea con su "idea" de una universidad en París basada en la interacción de estos dos principios rectores. Ahora bien, Newman subraya que una cosa es la "idea" y otra son las "condiciones" que impone la realidad.

Estas sólo le permitieron a Carlomagno concretar una parte de su proyecto educativo: el establecimiento de **Seminarios Episcopales** por un lado, y por otro, de **Escuelas Públicas**. En tanto los primeros eran institutos para la formación de clérigos, las segundas daban todo tipo de enseñanza y estaban abiertas a todos: recibían alumnos de la nobleza y de las clases populares. Como para ello se necesitaban muchos profesores, Carlomagno los trajo de todas partes de Europa y se hizo cargo de su manutención. Y puesto que sólo los había en los monasterios benedictinos, donde desde la fundación de la Orden (siglo VI) funcionaban escuelas "mayores" y "menores" (secundarias y primarias, diríamos hoy), hubo que recurrir a estos monjes. Ellos se aplicaron entonces a dos tipos de escuelas: **escuelas menores** en todas las sedes episcopales (que así se agregaban a las ya existentes en las abadías) y **escuelas superiores** en ciertos sitios centrales como París, Pavía y Boloña.

En cuanto a la proyectada universidad de París —la "nueva Atenas" tan soñada por el emperador y sus colaboradores— hubo de quedar en proyecto. Los disturbios provocados poco después, durante los siglos IX y X, por las invasiones de los normandos (eslavos), magiares(húngaros) y sarracenos (islámicos), no permitieron implementar dicho "Studium generale" o centro de estudios universales.

Las condiciones requeridas: profesores capaces y estudiantes interesados

Las condiciones históricas favorables se darían bastante después, justamente al acabar las conmociones provocadas por los normandos y magiares. Con su conversión al cristianismo amanece, hacia el año 1000, aquella aurora del luminoso florecimiento cultural del Medioevo.

¿En cuanto a profesores? Salieron de los claustros pues sólo en ellos había gente letrada. Sus virtudes de generosidad y austeridad los habían preparado asimismo para brindar-se a los demás.

Entre tantos ejemplos, Newman da el del monasterio de **Le Bec**, en la Normandía. Fundado muy pobremente en el siglo XI, pronto se llenó de letrados. El primero de ellos, **Lanfranc**, venido de la Lombardía, halló en tal pobreza a los monjes de Le Bec, que se le ocurrió abrir una escuela de **lógica** para subvenir a las necesidades mediante módicos aranceles de los estudiantes. Esta escuela logró en seguida gran reputación, y los alumnos acudían de todas partes: clérigos, hijos de nobles e incluso jóvenes de las clases bajas. Desde este famoso centro de estudios, Lanfranc, y luego su discípulo, el eminente **San Anselmo**, pasaron por turno a Inglaterra y terminaron ambos como obispos de Canterbury, sede primada. Justamente este movimiento de profesores y alumnos de un lado a otro, contribuyó al despertar de las universidades.

Un siglo después, otro abad de Le Bec, **Vacarius** (de origen lombardo como los anteriores), pasó a su vez de Francia a Inglaterra y promovió en Oxford otra rama del saber: el Derecho. Había estudiado en Boloña, centro que cobrara auge poco después de la escuela de lógica de Le Bec. En efecto, a fines del siglo XI fundó en Boloña una escuela de **derecho civil**, y en el siglo XII se agregó el **derecho canónico**. Grande fue la afluencia de estudiantes a este centro, incluso desde la lejana Inglaterra; pero desde que Vacarius se trasladó a Oxford, fue allí, en torno suyo, donde se congregaron los jóvenes ingleses, ricos y pobres, interesados en el derecho.

Sucedió lo mismo cuando, más o menos en la misma época, se instaló en Oxford **Robert Pullus**, que enseñaba **Estudios Bíblicos**: afluían multitudes a escucharlo.

El aporte de tales letrados, y de otros, fue el que dió origen en Oxford a los estudios de **teología**, derecho y **medicina**. Se agregaron a los que se llamaban "Artes", estudios tradicionales heredados de la Antigüedad, constituidos por el "trivium" (gramática, retórica y lógica) y el "quadrivium" (aritmética, geometría, astronomía y música). La Santa Sede tuvo que intervenir para que fueran aceptadas las nuevas disciplinas, que desde entonces pudieron realizarse después de las de Artes.

La teología recibió un renovado impulso en el siglo XIII gracias a los sabios frailes de la recién fundada Orden dominica, pues los estudiantes encontraban "deliciosa su manera de enseñarla". Es un nuevo ejemplo de lo que Newman subraya: la universidad no se originó ni se desarrolló por imposición de autoridades, sino se constituyó y mantuvo por el recíproco interés de enseñar y aprender. Por ello fue llamada "*universitas*" o **conjunto de todos los profesores y todos los discípulos**. Estos afluían atraídos por el entusiasmo que despertaba un maestro, y a veces, no conformándose con uno solo, se trasladaban de un sitio a otro buscando otros.

Un ejemplo de este peregrinar estudiantil es **Juan de Salisbury**. A principios del siglo XII fue a París a aprender dialéctica con Abelardo; después se trasladó a Oxford para escuchar, en la misma disciplina, a Alberico y a Roberto; allí también estudió gramática y lógica con el obispo Ricardo, las materias del quadrivium con el germano Harduino, y reemprendió la retórica con Teodorico y Elías; regresó a Francia para proseguir la lógica con Guillermo de Soissons y con Gilbert; y de nuevo fue a Oxford para estudiar teología con Robert Pullus...: en total doce años de aprendizaje (durante los cuales él se mantenía dando clases a hijos de nobles).

Como él, muchos otros pudieron elegir y aprovechar a los mejores talentos de su época: "Feliz época-exclama Newman-, hasta que la ambición de los monarcas y la rivalidad de razas acabó con ella!".

En efecto, fue un gran cambio el que los reyes empezaran a tender al absolutismo y se acentuaran con esto las diferencias entre las naciones. Un cambio que repercutió en las universidades. Aquel fecundo y libre intercambio de profesores y estudiantes continuó hasta el reinado de Eduardo III. La Guerra

de lo Cien Años, en que se enfrentaron Inglaterra y Francia desde el siglo XIV al XV, señaló el declinar de la libertad y grandeza ecuménica de las universidades. A partir de entonces, éstas se convirtieron en cuerpos nacionales. Y si bien esto les fue ventajoso en cuanto a las mejoras edilicias, el confort y la riqueza —dávivas de los reyes— se perdió empero aquel movimiento de profesores y alumnos que provenía de haber sido Europa una comunidad sin barreras: la "Cristiandad".

Los Colegios universitarios

Los colegios universitarios van a resultar, desde entonces, un correctivo a aquella pérdida de intercambio ecuménico.

Ya existían, pues se habían formado como continuación de las escuelas que precedieron a las universidades: escuelas monásticas en las que se admitían también, además de los monjes, a laicos y clérigos externos. Cuando las universidades cobraron auge, las órdenes monásticas consideraron conveniente mandar a ellas a sus monjes, y para albergar a estos estudiantes, y luego a profesores de la Orden, establecieron casas en torno a cada universidad, que fueron llamadas "colegios".

En Oxford, los Benedictinos fundaron dos casas o colegios: para los monjes del norte de Inglaterra **Durham Hall** (más tarde **Trinity College**) y para los del sur **Gloucester College** (luego **Worcester College**). Y como a principios del siglo XIII surgieron nuevas órdenes religiosas, hubo allí casas para los Dominicos, los Franciscanos, los Carmelitas; a más de las ya existentes de los Cistercienses y Agustinos.

En cuanto a los estudiantes laicos o clérigos seculares, el alojamiento les era brindado por algunos profesores. En el siglo XII Teobaldo recibía de sesenta a cien jóvenes. Pero se planteaba el problema que muchos de ellos eran pobres. Y puesto que la universidad de por sí no tenía fondos ni edificios —apenas alquilaba para dar clase algunos, bastante miserables—, ese problema fue encarado desde el principio por particulares: era una obra de caridad alojarlos, alimentarlos, vestirlos y asegurarlos de peligros morales. En París, en el siglo XIII, por ejemplo, Robert de Sorbonne fundó un colegio que aún lleva su nom-

bre, y antes el buen rey San Luis había donado el de Santa Catalina.

En general, los fundadores y sostenedores de los colegios eran particulares ricos u obispos de la región de donde provenían los estudiantes: normandos, daneses, castellanos, navarros, germanos, lombardos, etc- lo que se denominaba por entonces las "naciones" de la universidad. De este modo nacieron en Oxford el **Queen's College** (para los jóvenes del norte) y el **Jesus College** (para los galeses)...

Del ecumenismo y democratismo al localismo y aristocratismo

Ahora bien: también los colegios sufrieron el cambio de espíritu que se produjera en las universidades a partir de mediados de la XIV centuria.

Durante los siglos XII y XIII todas las universidades tenían dos características esenciales: **ecumenismo y democratismo**. Todavía el rey Eduardo III los reconoce en su "carta de privilegio" para Oxford, donde se lee: "Acudan y reúnanse en la universidad multitud de nobles, gente de pueblo, extranjeros y otros".

Pero en el siglo XV, en cambio, el creciente nacionalismo, la consiguiente diferenciación de idiomas (antes el latín era lengua común de la cultura) y el poder de los nobles que por entonces resistían la reciente pretensión absolutista del monarca inglés, repercuten en las universidades de Oxford y Cambridge, que tomaron un carácter más **localista y aristocrático**. Y también se advierte este cambio en los colegios universitarios: las familias nobles enviaban a sus hijos con sirvientes; construyeron mejores y más ricos edificios; y cada colegio albergó a un grupo noble y localista. Consecuentemente, la misma universidad se volvió un ámbito de política y poder.

Este estado de cosas se agravó en el siglo XVI, con la llamada "Reforma". El rey, al proclamarse "cabeza de la Iglesia", la absorbió y desconoció su función específica. Esta absorción y desconocimiento también significaron un pesado yugo en lo intelectual y académico. El estado que no toleraba ya a la Iglesia como entidad autónoma, tampoco podía tolerar a la universidad (antes defendida por la Santa Sede) como entidad autónoma. Y así como la Iglesia de Inglaterra siguió existien-

do, pero dependiente, invalidada e impedida; asimismo subsistió la universidad, pero a costa de su libertad intelectual.

Newman señala al respecto: "El intelecto, así como la fe y la conciencia, son independientes del Estado" (p.231). Un Estado que no reconoce estos derechos inalienables, se vuelve intolerante tanto respecto de la Iglesia como respecto de la universidad.

Pero este mismo Estado pudo tolerar los colegios universitarios en la medida en que los consideraba cuerpos representativos de la sociedad, al igual que otras instituciones que contenía en su seno. Por esta razón los colegios fueron mantenidos, y aún cobraron importancia, pero como "cuerpos políticos" o "secciones de la comunidad política".

Equilibrio y complementación Universidad-Colegio

De ese modo se rompió el equilibrio y la complementación que antes se había dado entre la universidad y los colegios, equilibrio y complementación que tendía a la búsqueda, el desarrollo y la transmisión del conocimiento y del saber. Es de capital importancia atender a la caracterización que da Newman al respecto, en base a sus estudios históricos y a su propia experiencia.

Observa que la universidad encarna **el principio de "progreso"**: es como la "vela" que impulsa al navío de la investigación. Por su parte, el colegio es como el "lastre": res-guarda el **principio de "estabilidad"** que permite la *traditio o translatio studii*.

Por ello la universidad es la "escena del entusiasmo": del despliegue y ejercicio del intelecto, de la búsqueda y enseñanza del saber; mientras que el colegio es el ámbito del "orden, de la obediencia, del diligente y perseverante cumplimiento del deber, de los mutuos servicios, de las relaciones hondas y durables".

En la universidad se despliega la acción del profesor; en el colegio, el influjo del tutor. El primero actúa mediante conferencias y sermones, y alienta las discusiones o disputas. Enseña su disciplina: teología, derecho, medicina, ciencias naturales o físicas, etc.. El segundo mira a la formación del carácter, en lo intelectual y en lo moral. Alienta el cultivo de

la persona, contando para ello con el estudio de la literatura y el ejemplo de los clásicos.

La universidad está abierta al mundo; el colegio se enraíza en la nación.

Cada uno de estos ámbitos, por sí solo, resulta insuficiente. Juntos, en cambio, se ayudan y complementan. De allí la pérdida que lamenta Newman. Cuando la Reforma lo cambió todo, la universidad tuvo que soportar la ingerencia del Estado, y de hecho sucumbió. Sólo los colegios sobrevivieron pero, al faltarles el contrapeso de aquel otro principio que la universidad encarna, también sufrieron una apreciable deformación.

Para comprenderla, Newman describe lo que se adquiere en un colegio. Cada colegio imprime en los jóvenes, en la edad en que se crean los lazos de pertenencia y afecto, un "espíritu de cuerpo" capaz de perdurar. Allí surgen la camaradería y las amistades, y durante toda la vida se sienten esos lazos, así como gratitud por lo que se ha recibido. El colegio es como "un segundo hogar" en que se enraízan los que a él han pertenecido.

Ahora bien, al debilitarse durante el siglo XVIII el principio de autoridad que la universidad encarna y que hace contrapeso al de los colegios, éstos, "librados a sí mismos", se volvieron indolentes hasta convertirse casi en "meros clubes"; los estudiantes, tras haber pasado tres años en su colegio, cuando querían graduarse, elegían a sus examinadores y los invitaban a una cena que precedía al examen... Esto era una aberración, puesto que no es al colegio al que le corresponde acordar un "grado" o título, sino a la universidad.

Newman padeció esta situación al llegar en 1816 al **Trinity College** (continuador del Durham College que los benedictinos regentearan desde 1286 y que fuera suprimido en el siglo XVI). Para ser admitido, el jovencito debía rendir examen, y sufrió su primera decepción al no encontrar a nadie que lo orientara; el tutor que se le había adjudicado estaba de vacaciones y tuvo que ponerse a buscar libros por su cuenta. Esto era un índice del sopor en que habían caído los colegios. Newman observa: "Lo que me parece crítico en este estado de cosas, no es que los colegios sean fuertes, sino que la universidad carezca de jurisdicción real y práctica sobre ellos".

Cuando poco después algunos profesores hicieron un esfuerzo para restaurar la serie-

dad de los exámenes, tuvieron que hacerlo por su cuenta. Mejoró entonces el nivel intelectual, pero sin que la universidad recobrara su derecho y responsabilidad; su autoridad seguía siendo nominal, y los exámenes y títulos continuaron librados a los criterios y costumbres de cada colegio.

Newman tuvo suerte, pues, al ingresar al **Oriel College**, en el que se estaba llevando a cabo una verdadera restauración y jerarquización académica.

Esencia de la vida universitaria: miras universales y contactos personales

Oriel College había sido fundado en el siglo XIV por Adam de Brom, que era vicario de Santa María, la parroquia de la Universidad. Este origen demuestra lo subrayado por el mismo Newman: la estrecha relación existente en el Oxford medieval entre "los dos grandes elementos de la educación, religión y ciencia" (p. 328).

Hacia 1820, Oriel se había convertido en el más brillante de los colegios gracias a un grupo de intelectuales, los "Noetics", que estaban rehabilitando allí la perdida libertad académica y la integración de todas las ramas del saber. Y Newman, que en 1822 se presentó a un examen de selección, poseía justamente las cualidades que ellos apreciaban: alta calidad intelectual, amplia cultura y acendrado valor moral.

Newman no era, ni nunca quiso ser, un mero especialista. Demasiado libre y creativo para soportar las restricciones y definidas fronteras de una especialidad, se entregaba al estudio con seriedad y con miras amplias, universales. Para él, la cultura era el medio de formar al hombre cabal, un modo de humanizarlo integralmente y llegar a ser un "gentleman".

Newman respondía, pues, a las expectativas de los *Noetics*, y fue elegido fellow de Oriel. El apreció, a su vez, a sus nuevos colegas, y en la *Apología* da testimonio de la relevancia de esos contactos personales que sólo pueden darse en un "college".

Pondera la "gentileza, cortesía y naturalidad" de John Keble y destaca cuánto le debe: "Me transmitió esta verdad: el sistema sacramental, es decir, la doctrina de que los fenó-

menos materiales son, a la par, figuras e instrumentos de realidades invisibles; y la segunda verdad... el argumento de personalidad..., esto es, que no es puramente la probabilidad la que nos da certeza intelectual, sino la probabilidad tal como es utilizada por la fe y el amor" (Ap., p. 17-18) ².

Del Dr. Hawkins dice: "él me enseñó el arte de deslindar y aclarar mi pensamiento en una discusión o controversia...y tuvo la amabilidad de censurar severamente los primeros sermones que escribí y otros trabajos... En lo que atañe a la doctrina...me procuró un tratado que me llevó a abandonar mis residuos de calvinismo...; aprendí de él la doctrina de la tradición... Esto abrió ante mí una amplia perspectiva de pensamiento" (id., p. 9-10)

El Rv. William James "me enseñó la doctrina de la sucesión apostólica durante un paseo por la pradera que rodea la Christ Church..." (id., p. 10)

"Le debo mucho al Dr. Whately. Era hombre de corazón generoso y ardiente... El me tomó de la mano, se mostró conmigo un maestro indulgente y alentador. El me abrió la inteligencia y me enseñó a pensar y razonar... Su acción sobre mí acabó una vez que me hubo enseñado a ver por mis propios ojos y andar con mis propios pies (pues) su pensamiento era demasiado diferente del mío... Lo que hizo por mí en el terreno de las ideas religiosas fue... enseñarme la existencia de la Iglesia como cuerpo sustantivo... y que la Iglesia y el Estado deben ser independientes entre sí..." (id., p. 12-13)

Estos pocos ejemplos bastan para ver que se trata de enseñanzas de aquellas que no se reciben en clases o conferencias, sino en conversaciones o encuentros entre camaradas y colegas, como se da entre los "fellows" de un college... Y llegando en algunos casos a la amistad, como le ocurrió con Richard Hurrell Froude, de quien acota: "Un amigo a quien le debo tanto. El me enseñó a mirar con admiración a la Iglesia de Roma y aborrecer en el mismo grado la reforma protestante; él grabó profundamente en mí la devoción a la Virgen y me condujo paso a paso a creer en la presencia real (eucarística)" (id., p. 21-23).

Newman valoró y aprovechó estas influencias, y a su vez empezó a ejercer su propio influjo sobre otros. Al ser nombrado tutor, se dedicó a guiar a los estudiantes según su alto

concepto humanístico, y poco después, al ser designado vicario de Santa María, pudo completar su formación desde el púlpito. "Predicaba sin esfuerzo ni ostentación —cuenta uno de ellos—, y por su sencilla elocuencia atraía a los estudiantes que acudían más y más a escucharlo". Pero su actividad de tutor hubo de cesar, y precisamente por su desavenencia con el nuevo presidente de Oriel, quien prefería ceñirse a los métodos institucionalizados más que a la irradiación personal.

A la larga, esto resultaría providencial. Junto con Keble, Froude y Pusey, a partir de 1833 Newman entró de lleno en el Movimiento Tractariano o Movimiento de Oxford, cuyo propósito era frenar la ingerencia estatal en la Iglesia de Inglaterra y sobre todo restaurarla rescatando todo el potencial que en ella permanecía latente. Los "tractos" que redactaban, valorando la autoridad de la jerarquía, el valor permanente del dogma y la eficacia de los sacramentos, le congraciaron a muchos; pero tuvieron que interrumpirlos en el número 90, en el que Newman demostraba el contenido potencialmente católico de los Artículos fundantes del anglicanismo. Esto escandalizó a las autoridades, por lo cual él prefirió retirarse y proseguir su reflexión a solas.

Renovación del "colegio" en Littlemore y en Birmigham

En 1840, Newman le escribía a un amigo: "Considerando que parroquialmente tengo poco o nada que hacer en Oxford y muchísimo en Littlemore, desearía residir en Littlemore más bien que en Oxford". Desde el punto de vista pastoral era una buena solución, puesto que esta pequeña aldea estaba en el radio de su parroquia (Santa María). Pero también le confiaba a su amigo lo que su espíritu de maestro y tutor lo llevaba a concebir: "Además, suponiendo que tome algunos alumnos de teología en Littlemore, por qué no tener allí mi casa como una especie de "hall" dependiendo de Oriel?"³

He aquí porque este nuevo período puede ser considerado en un aspecto como continuación de su tarea de tutor en Oriel y, sobre todo, como su renovación del colegio universitario al modo de los antiguos colegios me-

dievals. Al respecto dice en la misma carta: "Suponiendo que surgiese una opinión favorable a los establecimientos monásticos y que mi casa tuviese que seguirla y adaptarse a una regla disciplinaria, ¿no sería de desear que tales instituciones saliesen de los colegios de nuestras dos universidades?" (id., p. 26-27)

Así, pues, si bien no prosperó en el ambiente aquella "opinión favorable a los establecimientos monásticos" y por tanto tampoco pudo él establecer uno, al menos llegó a realizar algo aproximado a su ideal a partir del momento en que, a raíz de las críticas que levantó su tracto 90, dejó sus habitaciones de Oriel y, con su enorme biblioteca, se trasladó a Littlemore.

"**El College**" es el nombre que aún en la actualidad se da a la casa que Newman acondicionó entonces, a una cuadra de su capilla. Se trataba de una hilera de establos y un granero, en pésimo estado, que formaban esquina. Newman convirtió los primeros en habitaciones y el segundo en biblioteca. Ambas partes daban a un jardincito triangular con aspecto de claustro.

En el primer momento, a partir del 19 de abril de 1942, Newman se instaló solo y se dedicó a sus tareas parroquiales. Pero su irradiante personalidad no tardó en atraer a algunos jóvenes, a cuya disposición puso las habitaciones y la biblioteca. Dalgairns, el primero en instalarse, escribía al respecto: "Es un lugar en el que los que carecemos de fellowships podemos venir a estudiar bajo la guía de Newman y con su biblioteca, que es excelente". Otro de los jóvenes da testimonio de las prácticas religiosas: "Allí la vida era semejante a la de los Padres del desierto: oración, ayuno y estudio. Nos levantábamos a medianoche para recitar el oficio nocturno en el oratorio; dedicábamos una hora en oración privada, y allí aprendí lo que significa meditar..." De este modo se convirtió en realidad lo que él había vislumbrado: un colegio a la antigua, asilo de estudiantes pobres en un edificio pobre, como lo fueran los primitivos del Medioevo, en el que se unía la fe y la razón.

Por su parte, Newman meditaba, estudiaba y escribía, pero se cuidaba muy bien de no dejar transparentar su evolución interior. Lleno de respeto y responsabilidad hacia sus discípulos, no se permitió influir en ninguno de ellos en este aspecto. De ninguna manera

promovió conversiones ni encabezó a un grupo de rebeldes. Personalmente amaba y respetaba a la Iglesia anglicana, a la que sólo dejó cuando descubrió que la verdad que tanto había buscado estaba en la Iglesia Católica Romana. Muchos de los jóvenes que lo rodeaban le precedieron en este paso, pero él no los impulsó a hacerlo, sino sólo les facilitaba que hicieran su propio camino.

Esto es notable y ejemplar. Newman realizó cabalmente un Colegio en Littlemore: una comunidad de estudio y devoción, la relación del tutor con sus estudiantes, el apoyo a cada uno respetando sus personalidades diferentes, que cada uno aprovechó a su modo dando frutos en el momento oportuno.

Cuando se convirtió, Newman hubo de abandonar el que había sido su último reducto en Oxford. Pero nunca abandonó la idea de una comunidad colegiada para el estudio y la oración.

Al regresar de Roma ya ordenado sacerdote de la Iglesia Católica, fundó el **Oratorio** de Inglaterra siguiendo el ejemplo de San Felipe Neri. Ahora bien, su **Oratorio** en Birmingham fue y es, un nuevo "Colegio": una comunidad de sacerdotes agrupadas en un ámbito de recogimiento, oración y estudio, que se apoyan mutuamente y se dedican a la enseñanza y la predicación. En él se vive la unión de la fe y la razón, y son de la mayor importancia los intercambios personales.

No le fue dado poder dirigir la Universidad Católica de Dublin, según se le había pedido, pero dejó como legado su libro *Idea de la Universidad* en el que refleja los conocimientos históricos que recogiera en su volumen de Bocetos Históricos, y sobre todo su honda y amplia experiencia universitaria: la que vivió en Oriel, en Littlemore y en Birmingham, es decir, durante toda su larga vida consagrada a la búsqueda de la verdad en la caridad.

Notas

1 John Henry Newman, *Historical Sketches*; Longmans, Green & Co., London, 1903. El volumen III contiene: *Rise and progress of Universities. Northern and Normans in England and Ireland. Medieval Oxford. Convocation of Caberbsry.*

2 John Henry Newman, *Apología por vita sua*, ed. castellana traducida por Daniel Ruiz Bueno, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1947

3 Bernard Basset S J., *Newman at Littlemore*, published by Friends of Newman and printed by Clarkeprint, Warley, West Midlands.